

AUTORES CÉLEBRES

## MANUEL JOSÉ QUINTANA

FUÉ el más entusiasta cantor de la libertad en aquella febril y difícil transición, tránsito más propiamente dicho, del absolutismo al sistema constitucional. A semejanza del poeta griego que con sus himnos entusiasmaba á los espartanos, lanzándolos al combate y á la victoria, sin miedo á la muerte, Manuel José Quintana, que puede y debe ser considerado como el Tirteo español del siglo XIX, contribuyó grandemente con sus cantos guerreros, primero á la liberación de la patria, lanzando de ella al extranjero invasor, y luego á la conquista de la libertad, del progreso y de la civilización.

Este varón insigne, esclarecido poeta y estimable historiador, nació en Madrid el 11 de Abril de 1772, en pleno reinado de Carlos III, Rey cuya celebridad crece á medida que avanzan los tiempos: durante su reinado desaparecieron grandes abusos, se realizaron importantes obras que embellecieron la capital de la Monarquía y, sobre todo, «allí empieza la restauración de la poesía castellana», tan decadente desde el principio del siglo XVIII.

Después de su primera y rudimentaria educación, Quintana pasó á Córdoba, donde estudió con gran aprovechamiento la lengua latina; cursa después, con el mismo satisfactorio resultado, Retórica y Poética y Filosofía en el Seminario Conciliar de Salamanca y Derecho civil y canónico en su famosa Universidad. Con irresistible vocación de poeta y con gran afán inclinado al estudio de la Elocuencia y de la Historia, tuvo por maestros y directores á Meléndez Valdés y Jovellanos, que contribuyeron de modo eficaz á encauzar y disciplinar sus maravillosas aptitudes.

Ya en 1795, cuando contaba veintitrés años, publicó sus primeras poesías coleccionadas en un tomo que dedicó al conde de Floridablanca, protector decidido de los hombres de letras. Muchas de aquellas composiciones son pastoriles, género enteramente contrario á su temperamento poético, por lo cual resultan algo deficientes. En 1803 dió á luz otro volumen de versos, más inspirados y más consistentes que los anteriores; se recibió de abogado y desempeñó la Agencia fiscal de la Junta de Comercio y la Censura de los teatros de Madrid hasta la invasión de los franceses. Entonces publicó una segunda edición de su segundo libro, incluyendo en él las odas patrióticas que había dado á conocer en dos periódicos de los cuales había sido redactor jefe.

Parece como que la invasión francesa despertó su verdadero número poético, llevándole á cultivar el género grandilocuente, que era el que más se adaptaba á su efusivo temperamento y á su elevada fantasía. Uno de sus más importantes biógrafos le juzga de este modo:

«Su estilo, desnudo de toda pompa prestada, adquiere realce en la pureza de las formas, en la magnitud del asunto, en el raudo vuelo de su inspiración sublime, en la nobleza de las imágenes, en la intensidad del sentimiento. Impetuoso y entusiasta como Tirteo, grande á lo Herrera, su voz vibra en medio de una nación decadente y como galvanizada en la agonía: su afán es infundirle aliento para que recobre salud robusta y viril existencia; así se remonta su número á la esfera de pasadas edades, y con entonación vigorosa, imponente y soberana, evoca la sombra de Padilla, ensalza el heroísmo de Guzmán el Bueno, y nuevo Gutenberg, inmortaliza por segunda vez la invención de la imprenta con una de sus mejores odas. Revuelve el poeta sus ojos en rededor de la tierra, y viéndola agitada por sacudir el yugo de la servidumbre, le indigna el letárgico sueño del león de España y pugna por irritar su coraje y restituirle su indómita pujanza, á fin de que no acuda el postrero á la ínclita empresa.»

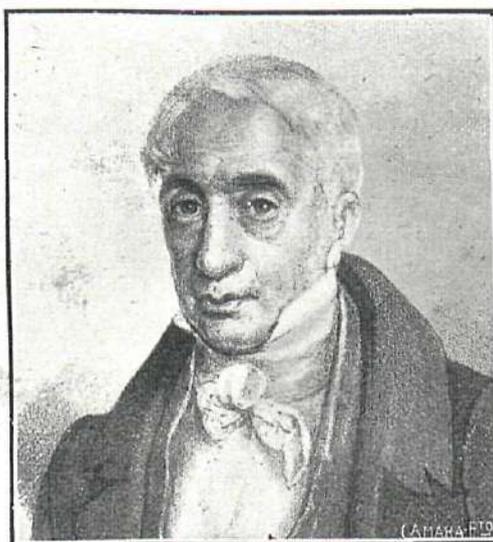
«¡Oh! Su cántico majestuoso derrama en los corazones sencillos la semilla de la gloria, y pródigo el cielo la fecunda!»

En esas pocas líneas está magistralmente ana-

lizado el que con justicia puede ser llamado cantor de la independencia española y heraldo de la libertad. Para despertar y excitar el entusiasmo patriótico, é inspirándose en la inmortal epopeya de Covadonga, traza su tragedia *Pelayo*, «símbolo del espíritu de independencia inalterable en los españoles» y el más grande poema dramático del siglo XIX. Al representarse el *Pelayo* obtuvo un éxito resonante y clamoroso. Esta tragedia y sus odas á la imprenta y al mar son sus obras más importantes. Merece también mención especial su himno titulado *Libertad ó muerte*, escrito con motivo de la abdicación de Carlos IV en Aranjuez.

Antes de representarse el *Pelayo* había dado al teatro *El Duque de Viso*, drama para cuya composición tomó de una obra inglesa algunas situaciones y pasajes interesantes que, aunque de positivo efecto, carecían de la grandeza trágica que requiere el asunto. Aunque según el testimonio de Ferrer del Río, *El Duque de Viso* fué muy del agrado del público, al ser representado, Quintana no estaba satisfecho de esta obra.

Su *Colección de poesías selectas*, publicada el



D. MANUEL JOSÉ QUINTANA

año de 1823, y los dos tomos destinados á reunir los dos trozos más escogidos de las epopeyas castellanas, dados á luz algún tiempo después, son un monumento literario que pone el sello á su reputación de poeta inmortal.

La misión cumplida por Quintana en España es enteramente igual á la que cumplió Beranger en Francia; ambos insignes poetas lucharon denodadamente contra la tiranía, dirigiéndose, respectivamente, á sus compatriotas en la forma adecuada á su carácter, temperamento, inclinaciones y costumbres. Francia (dice el biógrafo antes aludido), nación ligera y veleidosa, cantando vive, cantando lidia y cantando muere: acepta canciones para expresar sus venturas y pesares; Beranger la ha dado brindis para sus festines, endechas para sus quebrantos, cánticos para sus combates, himnos para sus victorias... España, nación austera y grave, necesita un poeta belicoso, cuya entonación *airada* y *fiera* esté en armonía con el fragoroso hervir de sus torrentes y con el rugido de los vientos en las cavidades de sus rocas, y ese poeta no podía ser otro que Quintana... en aquellas circunstancias.

Si como poeta estuvo á la altura de su elevada misión, como historiador deja algo que desear en lo tocante á sus narraciones sobre la conquista de América. Su obra titulada *Vidas de españoles célebres* se compone de tres tomos, y en gran parte de ellos ocupan lugar señalado varones ilustres de la tierra americana. Reconoce Quintana, estando en ello de acuerdo con algunos escritores extranjeros, «que las calamidades de que fueron víctimas los indios deslustran el laurel de los conquis-

tadores», y, tratando de atenuar tales faltas, escribe:

*Su atroz codicia, su inclemente saña,  
crimen fueron del tiempo y no de España.*

En todo lo que se refiere á América, se ve que no tenía Quintana un sentido claro de lo que son y deben ser las guerras de conquista, aun tratándose de los países más libres y civilizados, guerras siempre violentas y crueles y nunca justas, aunque alguna vez sean convenientes.

Brilla Quintana en todo su esplendor y como astro de primera magnitud, como poeta lírico, cantor de la libertad y defensor de la independencia española. Por cierto que Fernando VII, el monarca á quien sus súbditos llamaron *el Deseado*, recompensó los altos méritos y eminentes servicios del gran Quintana metiéndolo en la cárcel en cuanto volvió del destierro, una vez libre el territorio español del yugo extranjero.

Sabido es que Fernando VII, ya desde Valencia y por decreto del 4 de Mayo de 1814, anuló las Cortes, la Constitución y todos sus decretos y disposiciones, mandando que todo volviese al ser y estado que tenía en 1808. Entró en Madrid el 13 de dicho mes, y el 14 ya estaban en la cárcel todos los liberales conocidos y de verdadera importancia.

Después de referir que no pudieron verificarse en los teatros del Príncipe y de la Cruz las funciones anunciadas, por haber sido encarcelados de orden del Rey los actores Isidoro Máiquez y Bernardo Gil, dice Mesonero Romanos en las *Memorias de un setentón*:

«Como ellos también, y repartidos en las diversas prisiones y cuarteles de Madrid, hallábanse aprisionados los eminentes poetas, los insignes cantores de la Patria, de la libertad é independencia española y del mismo Fernando VII, Quintana y Gallego, Beña y Sánchez Barbero, Sabiñón, Solís, Tapia, etc., así como brillaban por su ausencia los que, como Meléndez Valdés, Moratín, Reinoso, Lista y otros, tuvieron la desgracia de seguir el partido francés; con que quedaba el Parnaso español desamparado y baldío, y el templo de las Musas falto de sacerdotes y entregado á los buhos y lechuzas que se albergaban en sus desvanes y quebraduras.»

Quintana pasó de las cárceles de Madrid á los presidios de Africa, y no recobró la libertad hasta la Revolución de 1820, es decir, estuvo preso seis años, sufriendo toda clase de trabajos y privaciones y algunas enfermedades graves. Así se premiaba entonces el genio, el talento, el patriotismo y el amor á la libertad.

Tres años después, en 1823, huyendo de los peligros de la reacción, hubo de refugiarse en Extremadura, donde á la sazón residía su familia paterna, y allí, en el forzado reposo que le imponían las circunstancias políticas, corrigió y coleccionó las poesías selectas de que se habla más arriba. Sin las vicisitudes que por sus compromisos políticos ha padecido (dice Ferrer del Río), «seríamos hoy poseedores de tres tragedias suyas, *Roger de Flor*, *Blanca de Borbón* y *El príncipe de Viana*, purgadas sin duda de defectos y lunares, patentes en las anteriores, como fruto de la experiencia adquirida en edad madura.»

Muerto Fernando VII, obtuvo Quintana todos los honores y todas las preeminencias. Fué director general de estudios en 1835, senador del reino en diversas legislaturas, director de la enseñanza de Isabel II, presidente del Consejo de Instrucción pública y presidente honorario de todas las Academias y corporaciones literarias...

Fué coronado en vida (como muchos años después D. José Zorrilla) y murió en Madrid en 1857, á la avanzada edad de ochenta y cinco años, rodeado de la admiración, del respeto y del cariño de propios y extraños.

FRANCISCO FLORES GARCIA